





ga su voto para las elecciones venideras a la fecha del testamento.

Como el hecho de las resurrecciones es nuevo, o por lo ménos inusitado hasta ahora en las luchas electorales, los amantes de la ciencia social tan de moda en el día, han aplicado a su exámen la mas prolija observacion. Esta, que es la verdadera fuente de toda ciencia, principia ya a dar sus frutos. Uno de ellos es el de que en la vida eterna los hombres varian con facilidad de convicciones políticas. ¿Qué otra deduccion podria sacarse, en efecto, dicen los doctos filósofos, del hecho muchas veces repetido en las últimas elecciones, de que todo elector resucitado votase por el partido de las mesas (porque esta vez hasta las mesas han tenido su pronunciada opinion política), siendo notorio que muchos de ellos murieron profesando ideas liberales, o por lo ménos contra-decenales?» «Necesario es entónces colejir, agregan, que las opiniones de los hombres adquieren mas allá del sepulcro una ductilidad impropia de nuestro código social, o que en las rejiones eternas rige una moralidad política mui distinta de la nuestra.

De manera que por poco que la práctica de resuscitar electores continúe en ejecucion ¡qué luz no puede recojer la ciencia de tan singular fenómeno! i, qué fuerza no adquirirán los partidos que posean el secreto de evocar las personas de los difuntos ciudadanos inscritos en los registros! Dejamos esta meditacion a cargo de las presentes i de las venideras municipalidades.

Pero si todos, so pena, como dicen vulgarmente, de creer o reventar, han visto emitir su voto a ciudadanos a quienes se creia ya incapaces de emitir nada en este mundo, puesto que habian emitido el último aliento, no han tenido ménos motivos de maravillarse al saber que varios electores vivos i en posesion de su boleto de calificacion, no han podido hacer uso de su derecho electoral.

El caso, sin embargo, es efectivo i real. Existen individuos en Santiago que habiéndose presentado a sufragar con su calificacion en regla, no han encontrado sus nombres inscritos en los registros correspondientes.

Esto les ha inducido a pensar que los municipales calificadores, que espidieron esos boletos, o estaban mui distraidos al tiempo de darlos, o estaban demasiado atentos.

Lo primero i lo segundo resuelven igualmente el problema.

Queda sí por decidir cual de las dos faltas es mas puntble.

Distraerse en las mesas calificadoras, bien sea

en el puesto de presidente o en el de vocal, supone una decidida aficion a las moscas, disculpable cuando mas en un niño de tierna edad.

I sin hacer una hipótesis aventurada, se puede suponer que ninguno de los que compusieron las mesas calificadoras tenia nada de tierno.

Ahora, admitir el segundo término del dilema, es decir que los susodichos vocales o presidentes, estaban tan atentos, que quisieron jugarle al elector la mala pasada de dejarle el nombre en blanco, es una dura necesidad para todo corazón chileno, que debe mirar a los ya susodichos, como personas que presentan a su consideracion el título de conciudadanos.

Escusable habria sido la falta, si se hubiesen contentado con quitarle o ponerle a un calificado el José, porque el José no estaba entónces tan de mala cuenta como en el día. Pero no admite excusa ni paliativo, aunque sea el de la inocente aficion a las moscas, esto de esponer a un hombre a votar en seco, con deliberado propósito

El hecho merece pues reprobacion porque ni siquiera tiene la excusa de ser injenioso.

—¡Vea Ud. qué gracia, decia un chasqueado, de quitarle a uno el nombre: si yo le saco a Ud. el pañuelo del bolsillo cuando esté mirando a otra parte ¿habré inventado un modo nuevo de defraudarle a Ud. de su pañuelo? Claro está que no. Lo mismo es esto: un encargado de apuntar mi nombre no lo apunta ¡qué invencion tan nueva para que el nombre no aparezca en el libro!

De lo dicho resulta que ha habido de parte de los municipales de los diversos pueblos de la república, invenciones injeniosas e invenciones sin injenio.

La resurreccion de electores i la teoría del José, pueden contarse entre las primeras. Resucitar jente i partir hombres en dos dejándoles vivos i sin mas lesion que perder un asiento en la Cámara, no han sido nunca hechos usuales de los que la imaginacion inventa sin esfuerzo. Son por consiguiente invenciones injeniosas.

Mas no la son ni lo de los cincuenta mil, ni la de hacer votar en seco a hombres formales i que se acercan a las urnas en la grata persuasion de sufragar. Ambas son combinaciones burdas, que sus autores no deben confesar ni aun en el seno de la confianza.

Por lo que hace, empero, a la moralidad de unas i otras invenciones, debe dejarse el cuidado de resolver a la conciencia de aquellos de sus autores que conserven, tras de tanta agitacion i tan prolijos empeños, el uso de ese guacertero i justiciero. FULANO QUIDAM.